

Papeles que transpiran infamia

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

En la Notaría Primera de Popayán se conservaban las escrituras públicas correspondientes a la venta de esclavos. De un tiempo a esta parte pasaron a la custodia del Instituto de Investigaciones Históricas "José María Arboleda". Son papeles que transpiran infamia. Por muchas o pocas monedas se vendían seres humanos. En algunas se agregaron cláusulas del siguiente tenor: "recomendable como reproductor". En otras se estampaba una extraña fórmula que indicaba su integridad física. "Lo vendo con soplo en boca y huesos en el zurrón". Cuando las partes se ponían de acuerdo, el escribano sacaba al margen, dibujada con maestría, la marca que el infeliz lleva grabada al fuego sobre la carne viva.

En la Notaría se podían contar por centenares las escrituras, debido al hecho de que Popayán fue especialmente activa en la explotación minera que requería los brazos de la raza negra, bien se buscara el oro en los socavones o en las orillas de los ríos inmensos, con el agua a la rodilla y desnudos al sol y las lluvias por días, por semanas, por meses y aún por años enteros.

Cuando José Hilario López logró la libertad sin condiciones del esclavo, las familias poderosas sintieron que se les cuarteaba aquel mundo de infames explotaciones. Desde entonces aborrecieron a López. La llamada "Lei de Libertad" data de 1851, precisamente del 21 de mayo. Meses después, en junio del mismo año, notables granadinos suscriben en Panamá un virulento manifiesto contra López: "Con esta ley, se dice, se va a destruir la riqueza pública de muchas provincias y se lanza a la sociedad más de veinte mil personas sin educación, sin principios y sin fortuna, para aumentar el número de los criminales, de

los vagos, porque nada se ha establecido sobre los viejos, los enfermos y los menores". Por lo demás, el agrio y amargo escrito es un alegato en favor del derecho de propiedad, sin tener para nada en cuenta la dignidad de las personas. Realmente de las almas que la esclavitud vendía y trataba peor que bestias. Cuando se recuerde la esclavitud, brota una pregunta: ¿Y en dónde estaba Dios? A veces se piensa que hubiera dejado de su mano a esta porción de humanidad.

La firma de Tomás Cipriano de Mosquera, Jaime Arroyo, Manuel María Mallarino están ahí, en aquel reaccionario documento. No es extraño. La libertad de los esclavos no fue en su época una causa popular. En el mismo Bolívar no encontró eco, no obstante la hermosísima oración de don José Félix de Restrepo, en el Congreso de Cúcuta. Esa es la verdad. Seguramente Bolívar pensó entonces que era más urgente pagar a los terratenientes sus aportes y contribuciones a las campañas de la Independencia, y el mantenimiento de la esclavitud fue la moneda escogida para ello. En cuanto a José Hilario López, el hombre que no tuvo ninguna vacilación para trozar de un solo tajo la milenaria cadena, en su tierra, en Popayán, es un solemne olvidado. Basta decir que en la repartición de estatuas de que es tan amiga la ciudad, primero la tuvo quien vendió la última partida que su libertador. Hasta cuando, preguntamos, se prolongará esta saña contra el más grande de los payaneses; por lo menos es el único que puede participar en el cuadro de los benefactores de la humanidad.

Descubierta América, los países del mundo vuelven los ojos hacia el Africa en busca de esclavos para acelerar la explotación de sus riquezas. En el fondo del gran continente negro, al amparo de las selvas inmensas, se encontraron los brazos necesarios para sostener este comercio de seres humanos. La fuerza será el motor que impulse el infame negocio, y los grandes ríos el camino que recorran los traficantes. Es una hazaña que no conocerá la piedad. En verdaderas cacerías se atrapan a los infelices que serán vendidos en mercados abiertos, acudiendo a las fórmulas de la subasta pública. Consiste en un desfile frente al puesto de los postores. Se comienza anunciando el lugar de procedencia, y el comprador tiene derecho a recurrir a todas las tretas imaginables antes de formular su oferta. Los ancianos no tienen precio. Por lo general se regalan a fin de aprovecharlos para atemperar a los levantiscos. En las subastas su imagen

es, quizá, la más dolorosa de todas por el temor de que nadie los quiera recibir. El mejor precio será para los machos y el más bajo para las hembras que han pasado por varios partos. Como los ancianos, los niños no registran mayor demanda. Antes de la subasta se les mantiene en barracas aseguradas con fuertes barrotes. El orden, si así puede llamarse el cumplimiento de elementales reglas de convivencia, lo impone el látigo que es, realmente, el símbolo de la esclavitud. Como pasaje, resulta atroz. Es la humillación.

Antes cruzaron el mar, y muchas veces no lo vieron nunca porque venían sepultados en la barriga de las goletas y naos. Si alguno moría, los grumetes lo arrojan al mar. Eso era todo, y las feroces dentelladas de los peces que se disputaban sus despojos junto al barco. Pestes y epidemias se encargaban de acortar los caminos de la muerte. No dejaban de ser sensibles pérdidas para los empresarios. Otras veces el zarandeo de las olas precipitaban los partos. Comida y excremento tenían iguales derechos en la bodega de los barcos.

Cartagena de Indias fue escogida por los empresarios para desembarcar su mercancía. Cuando entraba la goleta a la bahía se percibía un aliento de hediondez. En el puerto los recibía un fraile que les curaba las heridas y les daba de beber. Se llamaba Pedro Claver. Era un santo. El mismo escogió su divisa en el mundo: "Pedro Claver el esclavo de los esclavos". Así era de humilde. No ha conocido América un grado tan encendido de caridad. Desafortunadamente su obra termina cuando se apaga su vida, no obstante la fuerza de su alma para el bien. Cuando desaparece, los esclavos tornan a las viejas cadenas.

Tuvieron que pasar miles de días para llegar a la libertad. Los negreros no querían ceder y el Estado se mostraba impotente para hacerse obedecer. Se alegaba el derecho de propiedad como si fuera absoluto. Se pedía indemnizar a los dueños de las partidas, comprarles realmente la libertad de los negros a su servicio y una vez indemnizados soltarlos a la libertad. Fue necesaria la resolución de hombre, José Hilario López, que no se dejó arredrar por las vociferaciones de los traficantes ni de la indiferencia de la Iglesia Católica que se proclamaba maestra y guía de los pueblos. Es cierto que tuvo a Pedro Claver y al padre Sandoval, pero ni la bondad del primero ni la razón y la

lucidez del segundo, lograron ablandar el corazón de quienes se oponían a la libertad y la combatían como si fuera una peste, una plaga que arruinaría a Colombia.

Fue una solemne treta la afirmación de que el nativo carecía de aptitud y aún de fuerza para el trabajo material. Se quiso justificar con este argumento la esclavitud ante los reyes de España, que pasaban por guardianes de la moral. Y el embuste se planteó con una alternativa. Se trae a los negros del Africa, se les sepulta en los socavones o de lo contrario no habrá oro ni para el Estado ni para el culto. Falasia. En materia de carnadura los nativos, los criollos eran seres completos.

La verdad es otra. La Corona Española no confió jamás en los nativos. Se daba perfecta cuenta de que vivían en una especie de estado de insurgencia. No en vano se les había despojado de sus tierras y sometido a las más ignominiosas servidumbres. Temerario confiarles el oro de los socavones y el oro que rodaba mezclado con las arenas de los ríos. ¿Entonces? Había que mentir, mentirle al Rey, mentirle al confesor, mentirle a la historia. Justificar la esclavitud. Su comercio, la subasta, las barracas, los socavones, el herrete calentando al rojo vivo, al hambre y el trato brutal que recibían en las canteras y en los tambo; y toda la capacidad de desprecio de que fueron capaces sus hermanos de la raza blanca.